

Cerezas por papeles

Fotoensayo de Helen Ceballos

Cuando vislumbramos un ápice de bondad entre quienes hacemos el trayecto, aparece la empatía y una se hermana. Quienes lo logramos, conocemos el estado gaseoso al que se aspira para no ser vista ni percibida en tránsito, para no sonar. Redes que se tejen en un discurso sobre el andar, con la conciencia de que cada quien se cuida a sí. No hay fuerzas para cargarle el peso a nadie.

La reverberancia de cómo nos ven es clave, y si no nos ven ni nos leen, mejor. Siempre mejor.

Accedemos al recuerdo con márgenes difusos, matizados por el susto. Memorias de largo aliento.

Fuimos cuerpos en una atmósfera infraleve. Invisibles, espejadas, fuimos otros para poder ser.

Cuando se logra queda claro que el premio no fue llegar.

Periodo. 2020

Concepto y acción Helen Ceballos

Fotografía: Ali Petru Gerena

Tenía cinco años, viajaba con mi madre de manera clandestina en una yola desde República Dominicana hacia Puerto Rico. Dormité todo el viaje. “Ojos que no ven, corazón que no siente,” decía mi mamá, mientras me daba otra cucharada de jarabe de uva para la tos para inducirme el sueño. Despierto y estaba cayendo el sol. Veo una mujer inquieta pidiendo ayuda para orinar. Un señor le ofrece apoyo, ella se baja los pantis, le da los brazos, pone sus pies en el borde, saca el fundillo y orina. Todxs miran. La persona que le agarra los brazos ve que el chorro de orín viene mezclado con sangre, sin mirarla a los ojos la suelta. Ella cae al mar, grita, pide auxilio, dice que su hija la espera, que por favor no la dejen. Dos personas forcejean por el galón de agua y por la sábana que dejó la mujer que se está tragando el mar. Nadie habla. Manotazos de ahogada, la yola sigue y dejamos de oír la agonía. El tipo que la soltó dice: “La sangre atrae tiburones, era ella o nosotros.”



Era esto la vida. 2020
Concepto y fotografía: Helen Ceballos

Se alquila acta de nacimiento de niña puertorriqueña con ciudadanía americana

- Válido para estudiar en cualquier escuela pública o privada de Estados Unidos de Norte América.
- Para niñas entre 5 a 7 años únicamente.
- La menor deberá utilizar el nombre provisto como nombre principal.
- Debe hablar español como primer idioma y aprender el acento puertorriqueño.
- Entrevista telefónica compulsoria con los padres y la niña antes de la entrega de documentos.

- Después de recibir el pago, se entrega una copia del certificado de nacimiento original y una identificación con foto y nombre provisto.
- Si el documento es usado por cualquier otra menor no autorizada, notificaremos a las autoridades migratorias inmediatamente y le acusaremos de robo de identidad. Sin excepciones.
- \$5K PRECIO FINAL. Un solo pago por adelantado.
- No hay devolución, ni garantías.
- Si no tiene el dinero inmediatamente, no llame.

Torniquete. 2020.
Concepto y acción: Helen Ceballos
Fotografía: Marina Barsy Janer

A principios de los noventa mi tía Cathy logró entrar a Estados Unidos usando el pasaporte de su hermana gemela. A seis años de aquella proeza burlona a las autoridades migratorias mi tía todavía no había podido legalizar sus documentos. Sin saber leer ni escribir, sin dinero para buscar apoyo legal, sumado a la realidad de tener que enviar casi todas sus ganancias a República Dominicana para sostener a sus hijxs, el proceso de legalización de mi tía se veía cada vez más lejano. Se las buscaba como camarera y trabajadora sexual en un bar al sur de Miami. Allí conoció a Alberto, un cubano naturalizado que además de ofrecerle villas y castillas le ofreció matrimonio para hacerle los papeles. En el interín se enfermó gravemente mi primo Manauri. Mi tía movió cielo y tierra para conseguir todo el dinero que pudo y cubrir los gastos médicos. Sin embargo era tanta la debilidad de Manauri que dio la batalla pero falleció un mes y medio después. Mi tía no pudo viajar para despedirse de su hijo.

Han pasado doce años y aún sigue sin papeles, en un claustro inducido por el miedo a la deportación. Casada con el tipo que le vendió un sueño que no puede cumplir. Sus hijos ya crecieron y tienen otros hijos que no la conocen ni la esperan. Ya cumplió sesenta, que no son tantos, pero repite preguntas y empezó a olvidar lo básico. Apostó a envejecer con premura. Hizo un torniquete con su dolor.



El premio no fue llegar. 2020
Concepto y acción: Helen Ceballos
Fotografía: Ali Petru Gerena

Era de noche cuando empezamos a ver las luces de las costas de Aguadilla.

- “¡Ponme asunto, mami, levántate!” me dijo mientras me mojaba la cara.

Me desperté dando gritos, el agua salada me empezó a arder en los ojos. Me dijo que íbamos a tener que bajarnos ahí y llegar hasta las luces. Que no era tan lejos y que lo único que teníamos que hacer era chapaletear como un perrito y las olas nos iban a llevar a la orilla. Me puso el salvavidas que había, que me quedaba grande, me dijo que me fuera adelante y que por nada del mundo me devolviera si ella no llegaba pronto.

- “No he podido dormir bien en estos días, si no salgo rápido fue que me dormí. Óyeme, cuando tú llegues a la orilla te escondes entre los matorrales y si yo no he salido por la mañana, sales a la carretera, para un carro y pide ayuda.” me dijo. Me puso en el agua, y sentí que mis pies no tocaban el fondo. Ella se bajó agarrándose de la yola. Empecé a chapaletear, sentía que el chaleco se me quería salir y me asfixiaba, la dejo de oír. Quiero mirar para atrás pero no me atrevo. Muevo mis brazos y mis piernas todo lo que puedo, no avanzo. Las olas me llevan hacia atrás. Nado, nado. Nado y nada. Nado. Nado.

Llego a la arena con el corazón en la boca. La playa está oscura, hay viento. Me escondí como me dijo. A través de las hojas busqué un hoyito para ver la orilla. Miré mis manos y tenía los dedos arrugados como cuando me baño por mucho rato. No había visto lo grande que era la sábana oscura de agua salada que frente a mí iba y venía. Las olas son gente de espuma que se levantan y se acuestan bravas sobre el mar. Mami no sale.

Veo dos cuerpos de hombre que vienen corriendo de un lado de la costa que yo no había visto. Me abrazo las piernas y meto la cabeza entre mis rodillas para que no me vean. Los siento pasar. No veía la yola, nunca más la vi desde que me bajé, como si no hubiera existido.

Una angustia muy grande me empezó a pesar en el pecho. Corrí hasta la orilla y grité, llamé a mami con todas las fuerzas de mis cinco años. Tengo la boca seca, ojos y garganta irritados. Hace frío.

Veo un cuerpo que gatea hacia la orilla, el pelo suelto, es ella. Corro lo más rápido que puedo y la halo hasta la arena seca. No puede hablar todavía, pero me sonrío.
- Mami te llamé, ¿te dormiste?



Sin pedir permiso. 2020
Concepto y fotografía: Helen Ceballos
Acción: Kamila Sánchez Viñas

Cuando cumplí catorce años me fui de mi casa. Lo hice siguiendo el comando materno, “si vas a estar singando con tu noviecito vas a tener que casarte, los hombres sólo buscan eso y cuando se lo das, te botan, nadie quiere una manzana podrida”. El tiempo pasó. Nos transformamos. No me casé pero sí me fui con el jevo a otro país y entendí de un tirón de qué iba la adultez cuando me vi sola y por la libre tan lejos del nido. Tres años después, Luis, mi padrastro, abandonó la casa y dejó a mami embarazada. Yo volví a la isla para acompañarla durante su gestación. Antes de que mi hermana naciera, mi mamá volvió con él. Ese veintidós de octubre salí del colegio deseosa de llegar al hospital. Le pedí a Luis que me llevara y se negó diciéndome que los médicos nos avisarían cuando mami entrará en labor de parto. Alrededor de las ocho de la noche, ya estaba ebrio, drogado y “celebrando” el nacimiento no anunciado de mi hermana. La idea de estar sola con él me generó ansiedad. Con el paso de las horas fui perdiendo las esperanzas de llegar al hospital. Vivíamos en un apartamento pequeño en el pueblo de Corozal, que después de las cinco de la tarde se convertía en tierra de nadie. Entré al cuarto donde estaba para pedirle por última vez que por favor me llevara con mami. Al verme me abrazó “de alegría” y en el abrazo empezó a manosearme, buscaba el contacto de su sexo con mi cuerpo. Me acorraló. Sentí odio. Me fui inmediatamente del cuarto y me encerré en el mío. Sin comunicación, ni algo con que defenderme, armé una barricada con lo que pude para bloquear la puerta. No dormí en toda la noche. Por la ventana del cuarto alcancé a ver un pedazo del cielo, imaginé la carita de mi hermana, pensé en mami sola en ese cuarto de hospital reponiendo fuerzas después del parto. Sentí compasión por todas. Me prometí cuidar de mi hermana de todo cuanto pudiese, inclusive de su padre. Hoy Kamila tiene la misma edad que tenía yo cuando ella nació. Es un oxímoron caribe que llegó con la destreza de sobrevivirse. Creció en una habitación en medio de la República del Bronx. Negociando cada loleta. Gozando y adoleciendo su

adolescencia. Por momentos agradezco la malicia que le noto en la mirada. Como la yerba mala que se da silvestre entre el cemento y el hormigón. La prefiero astuta, mal pensada. Ya entendió de códigos. Creció sin pedir permiso.

Frontera no se entiende igual para todxs. Para algunxs son puntos de parada, logísticas para conectar de un lugar a otro, un trámite más.

Éramos un grupo de estudiantes de teatro, regresábamos a casa luego de un viaje a Brasil. Mi amiga Karim y yo hacíamos la fila de migración en el aeropuerto de Miami.

-¿Viajan juntas?

- Sí, al unísono.

El agente toma mi pasaporte -¿María?

- Sí, le respondo. Me escanea la cara con la mirada.

Karim pregunta: -Oye Helen, ¿por qué te dicen Helen si tu nombre verdadero es María Cristina?

Acto seguido el agente levanta la vista, esperando mi respuesta.

Leí en los ojos de mi amiga que no entendía lo que había desatado su pregunta. Comencé a temblar de adentro hacia afuera, a temblar chiquito, un susto que vino con frío. "Helen es mi apodo", le dije.

Karim no daba cuenta que estaban a punto de detenerme. El agente le entregó el pasaporte y me dijo acompáñeme. Estaba clarísima que mínimo perdería el vuelo de conexión, no tenía dinero para comprar otro boleto, me estaba llevando el diablo. Subsiguieron dos horas y media de interrogatorios, atropellos, cateos y amenazas. En medio del tostón, recordaba el rostro de Karim cuando hizo su pregunta. Sin darse cuenta, más que preguntar, lo que hizo fue destapar la brecha de desigualdad que divide su existencia de la mía. Ese surco de desventajas que durante los días anteriores no habíamos notado, ese que incluso yo cada tanto olvido. No es un dato menor tener un pasaporte azul que da luz verde en el mundo entero. No ha vivido nada semejante a una entrada clandestina, no tiene por qué saber ni entender en qué posición me había puesto esa pregunta.

En ese cuarto de interrogaciones, yo era la dominicana que estuvo diecisiete días en Brasil. ¿Que a qué fui? ¿que si era una mula? ¿o una trabajadora sexual? Bajaron mis pantis para ver si traía algo escondido. ¿dominicana? ¿en un viaje de intercambio? Abrieron mi maleta, sacaron todo. Soltaron un perro que vino sobre mí, mientras me dieron instrucciones de no moverme. La persona que me interrogaba daba golpecitos sobre la mesa con mi identificación de estudiante de la Universidad de Puerto Rico.

-¿Cuál me dijiste que era tu número de estudiante otra vez?

-801 04 1441, respondí.

Me devolvió mi tarjeta mientras me preguntó si entendía que si a él le daba la gana me deportaba para siempre a mi país. Que si yo lo entendí, preguntó.



Ponerle cara. 2020

Concepto: Helen Ceballos

Acción: Afra Mibalé / Kamila Sánchez Viñas / Helen Ceballos Viñas / Candy Viñas

Fotografía: Ali Petru Gerena

En mi casa las verdades se dicen así:

La yerba que está pa'ti, no se la comen los burros. Mi mamá no conoció a su mamá, murió cuando ella tenía apenas tres años. No tiene en su memoria recuerdos con su madre, ni existen fotos que le ayuden a ponerle cara. Sabemos que murió de pulmonía crónica a los 27 años. *A veces pa' salvarse uno, tiene que joderse el otro.*

Cuenta que le cuentan que el día del funeral de su madre, siendo ella una bebé la acercan al ataúd y se abalanzó sobre el cuerpo, directo a las tetas para amamantarse. *El que no llora no mama.* Siempre que ella habla de mi abuela Nidia hace el mismo cuento, como si repitiéndolo lo exprimiera hasta sacarle todo el jugo a ese recuerdo ajeno. *En tiempos de reyerta, cualquier boquete es una puerta.*

A pesar de ese aterrizaje forzoso, mami es una mujer alegre, muy guerrera. Fue criada a biberón por su abuela Herminia, quien falleció en el 85, cuando mami tenía tres meses de embarazo de mi.

No pude conocer a ninguna de mis abuelas. Crecer sin ellas genera la percepción de que una puede prescindir de sus presencias. Nada más lejos de la verdad, hubiese sido un regalo contar con sus mimos y verdades. *Más sabe el diablo por viejo que por diablo.* Mami repite todo el tiempo los refranes de mi bisabuela Herminia, los dice indiscriminadamente, cuando le salen. Tanto oí lo que decía que aunque no la conocí ya le puse voz. Mami dice que somos *como dos gotas de agua*: sin vergüenzas, achinadas y voluntariosas. *Hija de madre, nieta de abuela, salen toditas con la misma espuela.*

Con su mano santa en la cocina, su irreverencia y su humor, mami sigue enseñándonos sin miramientos todo lo que ha hecho para sobrevivir. *Frenando con la pepita, sin darle mucha mente a eso que no puede cambiar.* Priorizando lo esencial, lo cotidiano. *Lo demás es un poquito de lo otro.*



Trabajo desde que me acuerdo. La primera vez que intenté ganar unas monedas tenía cuatro años y fue vendiendo las cerezas del palo de mi casa en el Cachón de la Rubia en Santo Domingo Este. Coseché un par y me senté en la calle frente a la puerta mientras pregonaba *Veeeeeeendo cerezaaaaaas, veeeeeeeeeeendo cerezaaaaaas*. Un señor se acercó sonriente, tomó tres y se fue sin pagar. Me levanté de esa jornada sabiendo dos cosas: que no volvería a vender mis cerezas a quien no entendiera su valor, y que algún día iba a cantar a un público.

A los 8 años, mi padrastro Jorge me empleó timbrando cientos de billetes de la Lotería de Puerto Rico por un dólar a la semana. Ese fue mi primer trabajo de producción, un movimiento repetitivo que asumí con goce pensando en mi dólar y en compartirlo con mi mamá cuando volviera a verla. Ocho años más tarde trabajé en una lavandería, que quedaba al lado de una iglesia en la que terminé liderando el grupo de jóvenes. Trabajé en un colmado, donde aprendí a hacer pan y conocí a Landy, un surferito de Vega Baja que me enseñó a montarme en la tabla y correr a la izquierda. Hice teatro. Luego trabajé en JCPenney, me destaqué doblando camisas y persuadiendo a la gente para que llenaran las solicitudes de la tarjeta de crédito de la tienda. Después vendí ollas que eran disque para toda la vida y di clases de teatro en varias comunidades. Fui secretaria de la decana, manejé las redes del Departamento de Humanidades, vendí ensayos y monografías a estudiantes de medicina y ciencias de cómputos. En Argentina fui empleada de mantenimiento en una estética barriendo pelos de todas partes del cuerpo. Trabajé en un call center vendiendo seguros donde me pidieron que conjugara los verbos con el dialecto local. “Si hablás como hablás nadie te va a entender, tenés que camuflarte.”

Me camuflé. Vendí groupones, hice coaching de actores en una película, fui luminotécnica y boletera en una galería de arte. Animé fiestas infantiles, fui maestra, mesera, trabajé en un circo. Fui gerente de un hotel en una isla con tres gatos, mesera otra vez, repartí comida. Produje un festival, coordiné agendas y vendí pasto en Mar del Plata. Dirigí un programa social comunitario, un centro cultural, recogí escombros. Fui profesora, asistente y directora de producción. Limpié égidas, presidí el Centro de la mujer Dominicana, entregué suministros y diseñé eventos artísticos.

Fui líder comunitaria, maestra otra vez y gestora cultural. Coordiné ferias de salud, eventos comunitarios y fiestas de sexo. Cuidé niñxs en Buenos Aires, en Wall Street y en la calle Loíza.

- “Pensé que eras performer”, me dijeron una vez.
- En todos performé.

Bio: Helen Ceballos

Nací en el Caribe de los 80.

Soy artista transfronteriza de performance. Fotógrafa y videoartista autodidacta.

Salí de mi casa a los catorce años, he vivido en once ciudades, siete países y treinta y cinco casas. Tengo más mudanzas en el cuerpo que años en el mundo y son precisamente los traslados los que marcan una de las líneas temáticas más presente en mi obra: La migración. He trabajado con nociones y conceptos sobre la descolonización del cuerpo, el activismo, el espacio físico y conceptual de frontera, las mudanzas, lo político, lo escatológico, el ritual, lo erótico, lo infraleve, lo esotérico y lo cuir. Parto de mi cuerpo afrodescendiente, migrante, y de sus tránsitos como detonantes de signo y sentido.

Veo las instancias performáticas que diseño como secuelas de mi cotidiano. Hay mucho de verdad, y también mucho de una verdad ficcionada.

El trabajo fotográfico que realizo es el territorio conceptual donde mis paradigmas y contradicciones se encuentran. Es un caldero donde se cuecen e intersecan lenguajes que rondan lo teatral, lo plástico y lo performático. Desde esta amalgama, soy.

transito en acentos...

Trabajo desde que me acuerdo. Me fui de mi casa a los catorce años. He vivido en once ciudades, siete países y treinta y nueve casas. Probablemente tengo más mudanzas en el cuerpo que años en el mundo. La primera vez que intenté ganar unas monedas tenía cuatro años y fue vendiendo las cerezas del palo de mi casa en el Cachón de la Rubia en Santo Domingo Este. Coseché un par y me senté en la calle frente a la puerta mientras pregonaba *Veeeeeeeendo cerezaaaaaaas, veeeeeeeeeeendo cerezaaaaaaas*. Un señor bien carifresco, agarró tres cerezas y se fue sin pagar. mira me dio un pique.. Me levanté de esa jornada sabiendo que no volvería a dar mis cerezas a quien no entendiera su valor.

A los 8 años, mi padrastro Jorge me empleó timbrando cientos de billetes de la Lotería de Puerto Rico por un dólar a la semana. Ese fue mi primer trabajo de producción, un movimiento repetitivo que asumí con goce pensando en mi dólar y en compartirlo con mi mamá cuando volviera a verla. Ocho años más tarde trabajé en una lavandería, que quedaba al lado de una iglesia en la que terminé liderando el grupo de jóvenes conocí la fe y me volví una sierva.. Trabajé en un colmado, donde aprendí a hacer pan y conocí a Landy, un surferito de Vega Baja, que parecía hecho a mano, q me enseñó a montarme en la tabla y correr las olas izquierdas, deje los caminos de Cristo y conocí el teatro, la devoción por ese oficio aun me acompaña. Llegué a 4to año y conseguí un partime en JCPenney, me destaqué doblando camisas y persuadiendo a la gente para que llenaran las solicitudes de la tarjeta de crédito de la tienda. Después vendí ollas que eran disque para toda la vida y di clases de teatro en varias comunidades. Llegue a la IUPI y Rosa Luisa me consiguió un

guiso con la decana, manejé las redes del Departamento de Humanidades, por el lao vendí ensayos y monografías a estudiantes de medicina y ciencias de cómputos que eran vagos para escribir. después de casi 6 años de bachillerato y dos huelgas generales me gradué y me fui pa Argentina allá fui empleada de mantenimiento en una estética barriendo pelos de todas partes del cuerpo. Trabajé en un call center vendiendo seguros donde me pidieron que conjugara los verbos con el dialecto local. "Si hablás como hablás nadie te va a entender boluda, tenés que camuflarte."

Me camuflé. Vendí groupones, hice coaching de actores en una película, El teatro me amparó con sus oficios y aprendí a hacer todo.. fui luminotécnica y boletera, asistente de vestuario, tramoyista, utilera, you name it. Animé fiestas infantiles, fui maestra en un programa para jóvenes en riesgo, mesera, y trabajé en un circo. Mientras escribía la tesis fui gerente de un hotel que quedaba en una isla a las afueras de la ciudad donde hacían retiros de vipassana, tu sabes.. una meditación donde la gente hace ejercicios de silencio.. pero eso fue un palo para poder parir la tesis acompañada de mis tres gatos, entregue la tesis y fui mesera otra vez, Llegue a PR fui niñera de Marcelo el hijo de mariana y Tito, repartí comida. Dirigí la Ruth y su programa social comunitario, Vino Maria, repartí comida, limpie egidas y recogí escombros, Produje un festival, coordiné agendas, ah! vendí pasto en Mar del Plata. Aquí en PR Fui profesora, asistente y directora de producción de pal de movidas en el Consejo Artístico. presidí el Centro de la mujer Dominicana, entregué suministros pa los terremotos y diseñé eventos artísticos.

Fui líder comunitaria, maestra otra vez y gestora cultural on an off. Coordiné ferias de salud, eventos comunitarios y fiestas de sexo. Cuidé niñxs en Buenos Aires, en Wall Street y en la calle Loíza.

le está diciendo a una pana y me dijo.. ay yo pensé que tu eras solo performance.. y yo pensaba y del performance se vive?? además yo en todos. En todos performié.